

ABSOLUTISMO Y PARLAMENTARISMO.

(SIGLOS XVII Y XVIII.)

Subdivisiones: Francia y la guerra de treinta años.—La Revolución de Inglaterra.—Luis XIV y la hegemonía francesa. Inglaterra y Francia.—Cultura general.—Las Colonias.

FRANCIA Y LA GUERRA DE TREINTA AÑOS.

(PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVII.)

1. Luis XIII y la política de unificación de su ministro el Cardenal Richelieu.—2. El Imperio; Gustavo Adolfo de Suecia; la guerra hasta la paz de Westfalia (1648).

1. *Luis XIII y la política de su ministro Richelieu.*— Los catorce años que siguieron á la muerte de Enrique IV, destruyeron toda la obra que el rey no había tenido tiempo de consolidar; el rey Luis XIII era un niño, y era la reina regente María de Médicis, mujer intrigante é inteligente á merced de una camada de italianos bribones acaudillados por un tal Concini; ellos indujeron á la reina á echarse en brazos de España, abandonando la política nacional de Enrique IV, y, para hacerse perdonar de la Corte los honores y favores que la reina les prodigaba, repartían literalmente el territorio y el tesoro entre los nobles, cada uno de los cuales tuvo su pequeña soberanía. Los magnates decían. «Ha pasado el tiempo de los reyes, ha llegado el de los grandes;» y los protestantes á su vez: «Pues que el rey es menor, seamos mayores.»— La nobleza, cuando Concini no tuvo ya que darle, promovió sediciones y los hugonotes organizaron su república militar con mayor solidez. De todo ello resultaron luchas civiles y peripecias trágicas: Concini asesinado, María de Médicis desterrada y entronizado un nuevo favorito, que ya con el favor del rey, cometió desaciertos y derroches, pero tuvo algún instinto político. Este favorito era el duque de Luynes; gobernó al rey poco tiempo, y cuando murió tuvo Luis XIII el feliz acuerdo de llamar á su Consejo á Richelieu, que se había ya distinguido en los Estados Generales de 1614 (que fueron los últimos celebrados en Francia antes de los que iniciaron la Revolución) y que había sido consejero de María de Médicis.

Luis XIII tenía más sentimiento de sus deberes de lo que hasta hoy se ha creído; era valiente en la guerra, y aunque parecía tímido, no era el ser pasivo que han pintado sus historiadores; al contrario, está demostrado que poseía iniciativa, y solía ser él quien determinaba á su gran ministro Richelieu á quien es voz común que no amaba, hacia las más graves resoluciones. En 1624 se

encargó Richelieu del ministerio; tres años después atacó á los protestantes; tenía razón: la capital de la República hugonote era La Rochela, en donde residía la dirección de los reformistas y que trataba libremente con las naciones extranjeras como si fuese una potencia.— Richelieu la sitió personalmente, y después de gigantescos esfuerzos, porque los hugonotes se defendieron heroicamente, y á pesar de los auxilios ingleses, acabó por apoderarse de ella. Fué este un golpe de muerte para la autonomía de los protestantes; se les desarmó definitivamente, pero se respetaron su libertad de conciencia y sus derechos políticos. Esto fué un resultado en sumo grado favorable para la unificación de la monarquía.— La lucha que sostuvo Richelieu con la nobleza fué más dramática, más larga por lo menos, porque la influencia de la mayor parte de los conspiradores tenía que combatirla el ministro, primero en el ánimo vacilante del rey y luego en los campos ó en el cadalso; alma de estas conspiraciones fueron María de Médicis y Gaston de Orleans, madre y hermano del rey. Después de terribles conflictos palaciegos y de intrigas que se multiplicaban y en que hasta la mujer de Luis XIII, la reina Ana de Austria, intentó destruir la influencia del ministro, á quien odiaba por su política antiespañola, Richelieu quedó triunfante. Muchos nobles subieron al patíbulo, Gaston marchó al destierro y María de Médicis, madre del rey de Francia y de la reina de Inglaterra, murió pobre y desamparada en Ambères.— Richelieu, cuando tuvo á la nobleza á sus pies, ordenó la destrucción de multitud de castillos, mermó las atribuciones de los Parlamentos, que representaban á la nobleza togada, y puso al frente de las provincias á ciertos funcionarios, ampliamente facultados en los ramos de guerra y hacienda y sólo responsables ante el rey: se llamaron *intendentes*.

El gran cardenal protegió el desarrollo marítimo de Francia y preparó su hegemonía intelectual futura, concentrando en un cuerpo *ad hoc* la dirección del movimiento literario; tal fué el origen de la *Academia francesa*.— Pueden reprocharse á Richelieu el abuso de los medios tiránicos, y sobre todo su impotencia para remediar el desorden financiero. En el exterior aplicó el ministro todo su afán á la realización del designio capital del primer Borbón. acabar con el poder de la casa de Austria, española ó alemana, todo era uno, y substituirlo con la supremacía francesa. Para ello favoreció cuanto elemento de división religioso, político, particularista, encontró en los dominios imperiales.

2. *La guerra de Treinta años.*— Durante todo el siglo XVI los emperadores de la rama alemana de la casa de Austria lucharon con los primeros problemas de su situación: mantener unidos los bienes patrimoniales de la di-

nastía; conservar las coronas de Hungría, señoreada ó disputada por los turcos, y de Bohemia, otorgada difícilmente por la nobleza y el pueblo segregados del catolicismo; convertir en derecho hereditario la posesión de la corona imperial de Alemania. Y como al propio tiempo había que secundar el impulso católico é intolerante de los Habsburgos españoles, y como el imperio y los dos reinos estaban en gran parte dominados por el protestantismo, se necesitaba un milagro de equilibrio para mantener en pie aquel mecanismo, no organismo, heterogéneo y complicado. Fernando I, el hermano de Carlos V, y su hijo Maximiliano, hicieron lo que pudieron; trataron de arrancar concesiones á la Iglesia para pacificar sus reinos, pero fué vano intento; sus sucesores fueron: Rodolfo II, un maniático; Mathías, un insignificante. A principios del siglo XVII, por concierto prudente, los archiduques dieron el puesto de jefe de la casa imperial de Austria á un príncipe de la rama menor y lo hicieron elegir emperador (1619).—Era Fernando II hombre sincero y de vastos designios, educando de los jesuitas, que fueron omnipotentes bajo su reinado, y de bastante capacidad política; con él la rama alemana de los Austrias adquiere la importancia perdida por la española en el concierto europeo. Después de Felipe II, puede decirse que Fernando II y María Teresa han sido los Habsburgos más notables.—Fernando encontró á los príncipes alemanes divididos en dos sociedades enemigas: la Liga católica gobernada por el duque de Baviera, y la Unión protestante; y como ya se había manifestado resuelto á restaurar la unidad católica en sus dominios, aun por la fuerza, la Bohemia hussita respondió á su elección con la revuelta de Praga, la destitución de Fernando y el nombramiento de un nuevo rey, el conde palatino del Rin, Federico. Así empezó, el año mismo de la elección de Fernando, la célebre *guerra de treinta años* (1619–1649). Vencidos fueron los bohemios en la Montaña Blanca por Maximiliano de Baviera que tenía el mejor ejército de Alemania, formado gracias al servicio obligatorio, y el mejor general, Juan Tserclaes, conde de Tilly, especie de monje fanático y feroz. Fernando hizo uso de la victoria, premiando á Maximiliano con los territorios confiscados al conde palatino Federico, que le trajeron aparejada la función electoral, y desatando sobre Bohemia una implacable contrarrevolución religiosa. Primero fueron castigados los rebeldes, luego los calvinistas, los luteranos, todos los disidentes, en fin; es decir, la inmensa mayoría de la nación bohemia; suplicios, saqueos, confiscaciones, expulsiones en masa, todo inspirado por el nuncio del Papa, fueron los medios de extirpación (v. sobre este episodio de la guerra de treinta años á M. de Meaux, autor católico, y á Denis, en su segundo tomo sobre los Hussitas). Luego co-

menzó la conversión; la disyuntiva fué ésta: ó hacerse católicos ó salir del reino; la mayoría aceptó el catolicismo; á esto se agregó la enseñanza ortodoxa obligatoria y la predicación cuya alma fueron los jesuitas. Este mismo sistema fué aplicado, con poca diferencia, en Austria y Hungría; Fernando logró así la vuelta de sus Estados al catolicismo.

La Unión protestante alemana, secretamente impulsada por Inglaterra y Francia, se rebeló contra esta política; recurrió al rey de Dinamarca que penetró en Alemania, pero que fué vencido por Tilly y por un empresario de guerra, Wallenstein; era éste un aventurero enriquecido con los despojos de los bohemios, que se había hecho dar el título de duque de Friedland y que, viendo al Emperador sin ejército propio, se ofreció á levantar uno por su cuenta, como lo hizo. Valiente, notabilísimo capitán y ambicioso por extremo, Wallenstein, después de sus victorias, fué el árbitro del imperio. Obligó al Emperador á adoptar una política de unificación desposeyendo á los príncipes alemanes, y él mismo se obsequió con algunos nuevos territorios y títulos; además, Fernando, por su cuenta, quiso que los príncipes protestantes restituyeran á la Iglesia buena parte de sus bienes, lo que causó un espantoso desorden en Alemania y decidió á Richelieu, temeroso de la constitución de un imperio uno y fuerte á la derecha del Rin, á empujar sobre el Emperador á un príncipe protestante lleno de celo religioso, que disponía del más admirable ejército que había aparecido en Alemania y que era el primer hombre de guerra de su época, Gustavo Adolfo.

Con este príncipe, en 1630, comienza el período sueco de la Guerra de Treinta años; Richelieu, para cohonestar su alianza con el rey protestante, lo que escandalizaba á los católicos, sostuvo que había convertido una guerra de religión en guerra de Estado, y que su designio era defender la libertad alemana (es decir, el fraccionamiento de Alemania) contra la casa de Austria que tendía á transformar el imperio en monarquía absoluta; y lo singular es que el Papa Urbano VIII, que detestaba la preponderancia de los españoles en Italia, aprobó la política de Richelieu, á pesar de las airadas protestas del representante de España. Con razón Gustavo decía, que á no ser por él, el Papa sería un simple capellan del rey de España.—El rey de Suecia tenía en su ejército un maravilloso instrumento de guerra por la disciplina de fierro, por el respeto al soldado, por la acertada aplicación del principio de la división del trabajo en la organización de las armas, por el perfeccionamiento del equipo y del armamento, sobre todo, de la artillería ligera, y por la rapidez de sus movimientos, táctica heredada de los Nassau en sus luchas con los macizos tercios españoles.—Gustavo Adolfo recorre triunfante el imperio, conquista la Pomerania en las

orillas del Báltico y la Franconia sobre el Rhin, obliga á todos los príncipes protestantes á agruparse con él, lo que vuelve á dar á la guerra un carácter religioso, se apodera de Baviera y se encuentra con Wallenstein, que se hallaba hacía tiempo en desgracia, pero á quien el Emperador recurrió en su inmensa angustia, dándole la dictadura militar del imperio. El gran aventurero es por fin vencido en Lutzen (1632), pero en la batalla muere el rey de Suecia, lo que hace infructuosa la victoria. Dos años después, Wallenstein, que conspiraba contra el Emperador y soñaba con ceñir la corona de Bohemia, es asesinado por orden quizás del príncipe á quien había salvado.—Los sucesores de Wallenstein, entre los que había excelentes oficiales como Galas y Piccolomini, infligen en Nordlinga una derrota sangrienta á los suecos, que, divididos en dos fragmentos, se retiran hacia el Báltico y el Rhin. La política imperial torna á preponderar; entonces Richelieu, que se había contentado con subvencionar la guerra, entra en acción: en los Países Bajos para dividírselos con Holanda; en el Rhin para hacerse de Alsacia; en Alemania para levantar á los suecos y á los protestantes postergados á los Austrias; en Italia para preponderar en Piamonte; en los Pirineos, para reconquistar el Rosellón, y en el mar para ayudar á la insurrección catalana y á los portugueses que, con un príncipe de Braganza á su cabeza, habían proclamado su independencia.

Entre los generales de Richelieu había, como entre sus diplomáticos, elérgicos; su almirante era Sourdis, arzobispo de Burdeos, y uno de sus mejores generales el cardenal Lavalette. Rechazada una doble invasión que logró avanzar bastante en territorio francés, el mejor discípulo del rey de Suecia, Bernardo de Saxe-Weymar, batió á los imperiales y abrió una era de victorias: el período francés de la guerra de treinta años.—En 1640 fué conquistado el Artois, señoreada la Alsacia, subordinado el Piamonte; dos años después el Rosellón era francés; Banner y el paralítico Torstenson, dos generales suecos de primer orden, en combinación con Guebriant, recorren Alemania de victoria en victoria y de ruina en ruina.—Muerto Richelieu, los españoles vuelven á la ofensiva y son batidos en Rocroy por un joven príncipe de 21 años, el duque de Anghien, á quien la historia militar llama *el gran Condé*; después, ayudando á quien era tal vez el verdadero gran soldado del siglo, después de Gustavo Adolfo, al joven mariscal de Turena, limpia las orillas del Rhin. Un momento rechazado el mariscal, el príncipe torna en su auxilio, y en Nordlinga muere vencido Mercy, el mejor general del imperio (1645). Condé (ya se llamaba así por muerte de su padre) de vuelta de España, en que había tropezado con el indomable valor español en Lérida, obtiene la gran victoria de Lens (1648), mientras Turena y el nuevo general de los suecos Wrangel, dominaban á Ba-

viera y amenazaban al Emperador de Viena.—Entonces se firmaron los tratados de Westfalia, fundamento del equilibrio europeo: Francia adquirió, con parte de Lorena y Alsacia, lo que llamaba «su frontera natural del Rhin;» Suecia, dueña de los litorales del Báltico, en gran parte, y de las desembocaduras del Weser, del Elba y del Oder, formó parte del imperio; éste quedó destruído en una confederación difusa y confusa de 350 potencias, libres de tratar con el extranjero, lo que aseguraba el ascendiente de Francia contra Austria; luteranos, calvinistas y católicos fueron reconocidos iguales en derechos.—Dos grandes entidades entran en la sombra, después de haber llenado la Edad Media, con la paz de Westfalia: Alemania, dividida, asolada, muerta por la guerra que parecía haber cegado en ella las fuentes mismas de la vida, y el Pontificado, que cesa de contar en las combinaciones políticas: el *absolutismo* absorbe la dirección religiosa de los pueblos.

LA REVOLUCION DE INGLATERRA.

(SIGLO XVII.)

1. Los Estuardos en el trono.—2. Lucha entre el Parlamento y Carlos I.—3. Los Puritanos y la República. Oliverio Cromwell.—4 La Restauración.

1. *Los Estuardos*.—La revolución inglesa es un episodio interesante en la historia europea, por lo que revela del carácter del pueblo insular y por ser una tentativa formidable de ruptura con lo pasado; mas no tiene trascendencia, sino lejana y tardía, en la historia general, diferenciándose en esto del trastorno capital producido por la Revolución francesa.—La Revolución inglesa fué una manifestación violenta de la gran crisis religiosa que atravesaba el mundo, apropiada, por supuesto, al medio inglés.—A la muerte de Isabel había en su reino, fuera del grupo católico, cada vez menor en la gran isla, pero predominante en Irlanda, el grupo anglicano, dueño del poder en Inglaterra, con su episcopado aristocrático y sus ritos semicatólicos; el presbiteriano que, ya lo vimos, se había señoreado de Escocia y era la forma britana del calvinismo, y el pequeño, pero creciente partido de los puritanos independientes, que odiaba á los anglicanos, rechazaba á los presbiterianos y sólo aceptaba un culto por extremo rudimentario y sin sacerdocio. Cosa singular; no fué en el pueblo, sino en la clase media, enriquecida con los despojos de los papistas y de la Iglesia, acostumbrada en los condados y municipios á gobernarse á sí misma (*self-government*) y que era el nervio de la prosperidad agrícola, industrial y mercantil de Inglaterra, en donde el puri-

tanismo tuvo el mayor número de adeptos. Ellos hicieron la Revolución.— Jacobo Estuardo, el hijo de la infortunada María, sucedió á Isabel; imbuido en los dogmas del absolutismo por derecho divino, teólogo y anglicanista, fué un mal administrador y un rey impopular por sus arbitrariedades despóticas y por su empeño en reanudar la alianza con España; todo ello aumentó la fuerza del puritanismo.

En 1625 subió al trono Carlos I, príncipe bueno y de regulares dotes administrativas y políticas, pero accesible á la lisonja, incapaz de afrontar las consecuencias de sus compromisos y de una extraordinaria duplicidad. Carlos, como su padre, creía que tenía misión divina y que los Parlamentos no podían ni debían oponerse á su voluntad, sino coadyuvar á ella; en cambio, las clases ilustradas habían perfeccionado en Inglaterra su educación política y creían, á su vez, que el verdadero poder residía en los Parlamentos: de aquí el conflicto permanente.— La Cámara de los Comunes, cuantas veces fué reunida por el rey, protestó contra las prisiones arbitrarias que violaban el derecho de *Habeas corpus*, contra el aumento en los derechos aduanales y sobre todo contra el ascendiente singular que el libertino y disoluto Jorge Williers, duque de Buckingham, había adquirido sobre un hombre tan serio, y un esposo modelo como Carlos. Cuando después de las expediciones desastrosas en favor de los hugonotes que se defendían de Richelieu en La Rochela, fué asesinado Buckingham, el pueblo aplaudió con júbilo. Esto no suspendió la lucha; los Comunes, dominados por el espíritu puritano, intentaron hacer la guerra á la Iglesia oficial sostenida ardientemente por el rey, que, á consecuencia de esto, disolvió el Parlamento (1628) y no volvió á convocarlo hasta once años después.— Fueron once años de absolutismo; el rey casado con una hija de Enrique IV, ardiente católica, se inclinó manifiestamente á la tolerancia respecto de los papistas, lo que enfurecía á los puritanos implacablemente intolerantes; entonces se creyó, y era un error, que el rey pretendía convertirse, y el odio de las clases medias se acentuó más y llegó á mayor grado con el lujo, la elegancia y la protección á las bellas artes de que la mundana corte de Carlos hacía gala.— Dos hombres fueron las columnas del absolutismo: un antiguo orador parlamentario, Tomás Wenworth, más conocido con el nombre de lord Strafford, que creía que sólo en la constitución de un ejército permanente estribaba la salvación de la monarquía y que lo preparaba en su gobierno de Irlanda; y el jefe de la Iglesia anglicana, Laud, que por medio de la Cámara estrellada y el Consejo Supremo, verdaderos tribunales inquisitoriales, entabló una lucha á muerte con los puritanos.— Un ciudadano y un pueblo hicieron imposible aquella situación: el ciudadano fué Hampden y el

pueblo fué el escocés. Hampden se negó á pagar un impuesto general que se llamaba *el impuesto de buques*, alegando que según la *Carta Magna*, ningún inglés estaba obligado á pagar una contribución no decretada por el Parlamento; llevó á los tribunales su queja, lo que produjo una agitación inmensa; pero en realidad la verdadera causa de la revolución no fué la actitud de Hampden, sino que su origen fué puramente religioso como lo ha demostrado Gardiner: fué que los escoceses se resistieron á admitir los obispos y ritos que Laud quiso imponerles, renovaron el *covenant* ó alianza presbiteriana y acabaron por declararse en plena rebelión, que el rey fué impotente para sofocar. Para arbitrar recursos hubo necesidad de convocar un Parlamento... (1640).

2. *Lucha del Parlamento y el Rey*.— El primer Parlamento convocado duró muy poco; el rey se irritó con la terrible resistencia que encontraba y lo disolvió; mas no pudo sostenerse la situación; los escoceses dominaban ya los condados del Norte, los puritanos ingleses los consideraban como sus aliados, nadie quería pagar los impuestos; hubo nueva necesidad de convocar el mismo año otro Parlamento, que se ha llamado «el Parlamento largo» y que es el origen directo ó indirecto de las formas actuales que la libertad política tiene en los países civilizados.— Dirigían ese Parlamento hombres de la astucia y el saber de Pym, de la entereza y frialdad de Hampden, del ardor puritano y de la genial perspicacia de Oliverio Cromwell, y á estos y otros tribunos secundaba la prensa más violenta y apasionada é inteligente que Inglaterra había visto y en la que descollaba un puritano de genio, John Milton, el gran poeta autor del poema *el paraíso perdido*. En pocos meses quedó el rey desarmado de todas las facultades que se había atribuido; los opositores acusaron, sentenciaron é hicieron morir á Strafford, que el rey fué impotente para salvar; procesaron á Laud por alta traición y fundaron la supremacía absoluta del Parlamento sobre el monarca y la Iglesia. El rey se preparó á la lucha pacificando á Irlanda á fuerza de concesiones; una revolución católica que acabó ahí con el protestantismo, hizo necesaria la represión; mas el Parlamento no quiso encomendarla al rey, sino dirigir la guerra gobernando las milicias; el rey defendió su prerrogativa y se alejó de Londres; el Parlamento ordenó que se levantara por su cuenta un ejército, en el que empezó á hacer gran figura Cromwell y estalló la guerra civil, quedando dividido el reino entre realistas ó *caballeros* y puritanos ó *cabezas redondas*.

Sangrienta fué la lucha y las pasiones llegaron al paroxismo; del seno del puritanismo surgió una nueva secta, *los independientes*, que detestaban á los presbiterianos tanto como á los anglicanos; esta secta más austera y menos in-

tolerante, menos sometida á fórmulas y por consiguiente más libre en materia de conciencia, predominó en el ejército; su jefe militar fué Cromwell. Al cabo de cinco años, vencido el rey, se refugió entre los escoceses que lo vendieron miserablemente. Conducido á la isla de Wight, trató de aprovechar las disensiones entre puritanos é independientes para ganar tiempo y dar lugar á una nueva rebelión que estalló entre los escoceses arrepentidos y tornó á incendiar al país; pero fué sofocada, y con esto Cromwell y el ejército adquirieron mayor fuerza, pidiendo que se expurgara el Parlamento de todos los moderados, que se suprimiera la monarquía y se juzgara al rey. Todo se hizo; el Parlamento quedó reducido á una fracción (por lo que se le llamó el *Rump Parliament* ó Rabadilla-Parlamento) y el rey juzgado y sentenciado á muerte, que sufrió con el valor caballeresco y digno que le era característico (1649).

3. *Los puritanos. La República. Cromwell.*—Establecida la República con su Consejo de Estado y su Parlamento mutilado, el ejército dirigido por Cromwell ahogó en sangre la rebelión irlandesa; los terrenos confiscados á los rebeldes fueron repartidos entre soldados y colonos ingleses que mantuvieron á la población irlandesa moribunda á sus pies. Después Escocia, sublevada por el hijo de Carlos I, se presentó amenazadora; Cromwell concluyó con la rebelión después de reñidos combates, y sus oficiales conquistaron todo aquel reino á la República, mientras las escuadras inglesas preponderaban en el mar sobre las holandesas y dominaban el Canal. La preparación de una ley electoral, que al ponerse en vigor habría devuelto el poder á los presbiterianos, enconó de nuevo al ejército contra el Parlamento que Cromwell disolvió (1653).

Oliverio Cromwell era un hombre lleno de astucia y energía; en su alma se conjugaban el fanatismo religioso, la ambición de mando, el genio político y la aptitud militar, todo ello en dosis superiores (v. el *Cromwell* de Carlyle y, en general, para la historia de la Revolución, la obra clásica de Guizot que, por desgracia, descuida bastante *el factor religioso*; además, el excelente compendio de Sterne). Todo lo hacía en nombre del Altísimo, todo su despotismo lo apoyó en la Biblia y en su ejército «de hombres piadosos inaccesibles á las tentaciones de la carne.» Nombrado Protector, ejerció un poder ilimitado, disolvió cuanto Parlamento se opuso á sus miras y sometió la Inglaterra entera á un régimen rigurosamente militar, aun en lo civil y lo religioso; mas en ese país no se concebía un gobierno sin las formas parlamentarias por lo menos, y para realizar su política extranjera, el Protector convocó uno que le ofreció el título de *rey* para constitucionalizar aquella situación y poder suprimir el régimen militar. Cromwell no lo aceptó; mas resucitó la antigua Cámara de

los Lores, y de aquí nuevos conflictos con los Comunes y nueva disolución.—En 1658 murió este hombre que algunos tienen por un gran comediante y que fué un piadoso del género trágico que confundía en una soberana inconciencia su ambición con la causa de Dios. A Cromwell debió Inglaterra mucha paz interior, fomento del trabajo y la prosperidad nacionales, libertad de conciencia para todos y libertad religiosa para la mayoría de las sectas protestantes, con grave escándalo de los puritanos mismos. En su tiempo tomó increíble vuelo la marina y se estableció un centro del poder mercantil inglés en las Antillas (Jamaica) que rompió el monopolio español en los países intertropicales. Quiso ponerse al frente de una vasta liga protestante, como Gustavo Adolfo, lo que era un anacronismo, y se alió con la Francia de Mazarini contra el poder español en quien sólo veía la espada del catolicismo.

4. *La restauración.*—Cromwell dejó por heredero á su hijo Ricardo que cedió pronto el puesto al poder militar; siguieron haciéndose y deshaciéndose Parlamentos y hasta el Parlamento Largo, mutilado, tornó á reaparecer. En medio de la anarquía general, un antiguo compañero de Cromwell, el General Monck, haciéndose eco de la opinión popular profundamente fatigada de militarismo y puritanismo, devolvió el poder á los Estuardos refugiados en Holanda. El rey Carlos II, príncipe amable, inteligente, ligero, sin patriotismo y sin virtud, ocupó el ensangrentado trono de la vieja Albion en 1660. Una cosa quedaba demostrada: la forma parlamentaria de la libertad inglesa era indestructible; todo el porvenir estaba en eso.

LUIS XIV Y LA HEGEMONIA FRANCESA.

(SIGLO XVII.)

1. La Regencia, Mazarini y las Fronidas.—2. Los comienzos de Luis XIV; organización de la prosperidad de Francia.—3. Período de guerras y conquistas.—4. Supremacía política é intelectual de Francia.—5. El absolutismo; revocación del edicto de Nantes.

1. *La Regencia; Mazarini; las Fronidas.*—El Parlamento de París no era el Parlamento de Londres; simple Corte Suprema de Justicia, en sus comienzos, los legistas no hacían sino el papel humilde y arrodillado de asesores de los *Pares del reino*; poco á poco los nobles dejaron á los legistas sus fatigosas funciones, y estos legistas fueron adquiriendo en propiedad sus empleos y la herencia los convirtió en una nobleza especial. Como necesitaban tener á la vista las leyes del reino, ellos llevaban el registro de toda disposición emanada del soberano, de donde nació la función, eminentemente constitucional,